



LA TÍPULA

Manuel A. Palomino

LA TÍPULA



Primera edición: junio 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Manuel A. Palomino

ISBN: 979-13-88195-76-1

ISBN digital: 979-13-88195-77-8

Depósito legal: M-14367-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Sara

*«Nadie tiene dominio sobre el amor,
pero el amor domina todas las cosas»*

JEAN DE LA FONTAINE

ÍNDICE

1. OIHANA.....	15
2. ALGO DE MÚSICA.....	17
3. DOS PEQUEÑOS RELATOS PARA UNA MISMA HISTORIA	25
4. ISABEL.....	35
5. LA FRUTA.....	79
6. UN RELATO FIDEDIGNO	81
7. UNA HISTORIA REAL:EL PORTAL.....	87
8. LA PROFESORA DE AERÓBIC	99
9. LA TÍPULA	101
10. UNA LOCURA IMPREVISTA.....	117
11. LA PROFESORA DE CICLO INDOOR.....	161
12. SUEÑO.....	163

*«La memoria, donde
se la toque, duele;
apenas si hay un poco de cielo, el
mar ya no existe,
lo que se mata durante el día, por
carradas se lo arroja detrás de la
colina».*

YORGOS SEFERIS

1. OIHANA

Oihana tenía un miedo atroz al bosque y a los fantasmas que habitan en su interior. Cuando entró por la puerta y el búho voló, quiso quedarse inmóvil y en silencio para no ser descubierta, ni siquiera aún, por el leve resplandor del amanecer. Oihana se adentró en un bosque de olvido. A cada paso, las voces del pasado, aquellas que aún intentaban alcanzarla, se desvanecían con el aliento del bosque... Y la arrogancia del silencio la envolvió.

No hay palabras grotescas o bellas, ni frases elocuentes o vulgares, tampoco nombres o epítetos, ni palabras que vuelen o muerdan.

2. ALGO DE MÚSICA

A las ocho en punto entró en la habitación la enfermera, con el vaso de agua y los comprimidos. Él hubiera preferido un mate bien caliente, con un toque apenas dulce, algo amargoso al principio.

—Rubén, ¡buenos días! Voy a levantar las persianas —dijo la enfermera con una cálida sonrisa.

Él asintió con la cabeza mientras se incorporaba para ingerir los comprimidos.

—¿Me puede dar un poco más de agua? —preguntó tímidamente.

—Por supuesto, espere un momento. Ahora le lleno el vaso. ¿Cómo se encuentra hoy?

—La verdad, no muy bien... siento como si cargara un peso invisible y enorme —respondió con voz casi inaudible.

—Eso es debido a la medicación, son los efectos secundarios. Es un tratamiento agresivo, tendrá que poner de su parte, Rubén.

—La impresión que tengo es que me estoy envenenando —ladeó la cabeza sobre la almohada, con la mirada abatida.

—Hay que hacer un esfuerzo y tener esperanza —reconfortó la enfermera, tratando de infundir ánimo.

—«*La esperanza es el sueño de los que están despiertos*» —pronunció Rubén.

—¡Exacto! Qué acertada frase —exclamó la enfermera, asintiendo con la cabeza y sonriendo con aprobación.

La luz se cuela de golpe en la cama con un ensoñamiento de abeja, en un sueño de Berkeley. Toda esa luminosidad condescendiente, colmada de un débil y tímido sol que asoma a su manera, precipitada, voluminosa, cubriendo paredes y sombras. Es un calor ciego que aún está dormido, azulado, que se despoja insensiblemente de su atuendo.

Repitió la frase de Aristóteles en su cabeza: «*La esperanza es el sueño de los que están despiertos*». Pero ¿acaso estaba realmente despierto?

—Le deseo que tenga un buen día, Rubén. Más tarde pasaré a verle —dijo la enfermera con una sonrisa, mientras ajustaba su reloj y se dirigía hacia la puerta.

El día comenzaba con un ligero viento que asomaba por la ventana y que apartaba las hojas amarillas recién desprendidas. Entonces, él aprovechaba para recomponer sus propias creencias, porque es una terapia que se debe hacer, una necesidad, como una hembra tenaz que te rebusca en las sábanas con su olor y su calor, para decirte que todo es diferente y ella se hace hermosa y él comienza a creer en ese hedonismo o laxismo. Pero la corta aventura le deja hundido en la cama, con los cinco sentidos esparcidos sobre la almohada.

Cierra los ojos y abre los labios. El entorno se instituye en su conciencia, lo siente como un pájaro siente el aire, le parece placentero, lenitivo y en cierta medida amable, extrañamente amable. Abre los ojos y sueña con ese paisaje. Las pequeñas gotas de agua resbalan por las hojas de las plantas y arbustos; algunas se muestran pesarasas, dolidas de ocre y gris. El otoño había irrumpido despacio, receloso, con un incipiente olor a hojas agonizantes y a tierra húmeda.

Hay un murmullo de gorriones en un ciprés enhiesto de tristeza. Gorriones ávidos, impacientes, que se apresuraban a abandonarlo. Un aleteo inaugural y vivaz que irrumpe en el cielo.

Todo parece como empezar de nuevo en un rastro de misterio y premura de la propia existencia. La vejez y los pasados muertos se amontonan como piedras en un campo labrado, detritos de ríos arcaicos que alguna vez existieron en el tiempo. Ese tiempo que devora los deseos y los amores. Había llegado al extremo de su cuerpo y de su conciencia. Si alguien le hubiera dicho años atrás que llegaría el tiempo en que también sentiría ese espejismo dolido, ese dolor enmudecido que vuela tan desnudo hacia el silencio y hacia la nada, no lo habría creído.

La misma sensación creo que tuvo aquel hombre al que estuvo cuidando muchos años atrás, aquel hombre moribundo, que se extinguía con extraños versos de lejanía y abatimiento. Le habían extirpado parte del intestino delgado por un tumor cancerígeno. Los médicos no lo habían detectado a tiempo y las células cancerosas origi-

narias habían viajado por el cuerpo, haciendo nuevas paradas en el pulmón y en el riñón. Se habían alojado como pájaros obscenos, de manera tozuda y severa.

Al poco tiempo de la operación, el hospital decidió enviarle a su casa, un apartamento luminoso y con vistas a la calle; sin embargo, para él, tenía un aspecto deslucido e impreciso, que no podía definir.

El beso de la hija, por un momento, parecía humedecer la piel reseca y pegada a los huesos. Él la mira como si la buscara desde la distancia, pero luego cierra lentamente los ojos, casi envuelto en una parva oscuridad. La escucha y le sonríe, con un rictus encogido y los ojos agrandados, esperando, sumido en la apatía a la vida, luchando por liberarse del sufrimiento. Un cáliz de amargura, sumergiéndose en sí mismo, dentro de sí mismo; con un padecimiento que se consume en los ojos, en la atmósfera de la conciencia, en la oquedad del pecho, el ser o no ser, el que ha sido lo que es y el que es, que no ha sido. El soñar y no poder.

La quimioterapia, los vómitos, los labios despellejados y una voz reducida al mínimo, como un resuello. Y le acepta otro beso en la otra mejilla, en un aliento desdibujado y disminuido, un poco más húmedo y duradero. Él comienza a recordar los primeros años de su hija, aquella niña, frágil y alegre, traviesa y divertida. La aúpa sobre sus hombros para que vea el mundo desde las alturas. Le da un impulso y corre tras de ella cuando se transforma en bicicleta, perdiéndose en el viento que se lleva su risa. Pero se despierta, bruscamente, a golpe de tirones

y vuelve a la realidad que anida en su mente, arrojado a existir en el término donde se apagan las voces, se diluye la conciencia y se deja de existir. A veces las cosas más importantes de la vida suelen salir de golpe, como un hervidero de vencejos. Aquellos años de fortaleza y arrestos, de ímpetu de la vida cotidiana, se fueron. ¿La nada tiene sentido? Tal vez sí, si se deja de pensar en la existencia.

Había sido un hombre de armas y uniforme, de carácter enérgico, de buena estampa, fuerte como un milano, pero ahora estaba desahuciado como un pájaro desvalido.

El sol entró por la ventana estático, impertérrito, dolorido de sombra; soñador. Era una mañana inmensamente serena y feliz, que se consumía lentamente, aunque nadie lo percibía, tal vez una araña escondida que no le inquietaba lo más mínimo el universo.

La hija le afeita pasando las hojas de la maquinilla con delicadeza. La hirsuta y áspera barba incrustada parecía doblar las hojas y la piel, daba la impresión de aumentar los infinitos cráteres alrededor de la barbilla. Un poco de loción y una mueca suspensa del moribundo.

Cerraba los ojos y, en un duermevela, se quedaba dormido de golpe y, a la vez, despertaba con un sobresalto que sólo el moribundo y él notaban. El miedo a morir o el miedo a seguir viviendo, tal vez un revoltijo de lo que fue y de lo que aún sigue existiendo, se acopian y se abrazan buscando los jirones de la agonía.

—¿Quieres que encienda la televisión? Es la hora de las noticias —sugirió la hija.

Él asintió con la cabeza, en una actitud complaciente.

El presentador casi inmóvil, movía los labios y con la mirada fija, aparentaba cierta neutralidad. «Israel invade el sur del Líbano. Los misiles Katiuska impactan en Haifa y en Natanya». Un comentarista político toma la palabra y desgaja los entresijos de la tela de araña, manoteando y asegurando, con esa seguridad infalible que, por un momento, pudiese tener la respuesta, pero al cabo de un instante, sus ojos se desvanecen en una serie de interrogantes que le excitan para volver al día siguiente. Los colonos ocupan la Ribera Occidental y, en alguna parte del territorio, un soldado vitorea y se hace un autorretrato con su teléfono móvil del ataque mortal. Hay un centenar de civiles desaparecidos bajo los escombros, una nube de polvo devora el cielo, restos de seres humanos desperdigados, llanto y voces que se apagan. El presentador, confuso y dubitativo, mueve la cabeza como un péndulo, luego levanta la voz y dice: «Un momento, un momento, conectamos con nuestro enviado especial en la zona...».

—¿Quieres que quite la tele y ponga algo de música?
—horrorizada por las imágenes, cogió el mando y apagó la tele. Ella se dio cuenta de que ya había cerrado los ojos.

Se quedó pensando en los árboles y los campos que había conocido de pequeño, cuando corría por los trigales y viñedos. A lo lejos, cerca de una quebrada, unas encinas majestuosas y una perdiz asustadiza que volaba con rezongo y de mala gana.

La sopa más bien espesa, con cabellos de ángel y patatas aplastadas con el tenedor.

—¡Hilario! ¡Papá, venga! La sopa está como a ti te gusta —con un tono cariñoso, alentó a su padre.

Un cojín en la espalda, el hombre haciendo un esfuerzo por comer. Tibia como una papilla y a las cuatro cucharadas se detiene exhausto, haciendo un esfuerzo por respirar.

—¡Venga, papá!, una más, que ya no queda nada —continuó animando la hija.

Y el hombre haciendo ímprobos esfuerzos por complacer.

—¡Ay, Dios! Rubén, ayúdame a llevarlo al baño —imploró con desazón.

Los pies arrastrándose, vómito en el pasillo, en el baño. La sopa, los cabellos de ángel. Pañales con heces y sangre.

—¡Rubén, llama a urgencias! ¡Por favor, llama a urgencias! —gritó, casi con pavor.

Angustia, desesperación, un desgarró anal, gasas, sangre, pañales desechables. Por un momento estuvo inmóvil, abrazando fuertemente a su padre con el cuerpo arqueado. Sus ojos, bien abiertos, con una expresión de asombro que parecía entenebrecer el aire que salía de su boca. Sujetaba con las manos el dorso, con brío y ansia de contener el cuerpo descontrolado, como si temiese alterar aún más la postura debilitada y agónica. Todo se detiene por un momento, en una imagen congelada, suspendida en el aire, en el desmadejamiento general y de la misma manera, se torna de forma súbita en una paradójica celeridad. El

sufrimiento humano trastoca los sentidos y paraliza el cuerpo en una inyección letal.

El hospital, la metástasis, las horas de agonía y algo de música en la sala de espera.

3. DOS PEQUEÑOS RELATOS PARA UNA MISMA HISTORIA

Número uno

Había cogido la calle paralela a la vía Complutense, la calle Libreros en dirección a la plaza Cervantes. Se llama así porque antiguamente se habían establecido en ella las librerías, frente a la Universidad. Se dirigía a la calle Mayor a la librería Diógenes para comprar una novela de Iván S. Turguéniev, *Humo*. Lo único que sabía de él eran las referencias que hacían sus contemporáneos escritores rusos y un cierto desencuentro de este autor con Dostoievski, rayando el histerismo a propósito de *Humo*. Por otro lado, el título lo seducía, como una pompa de jabón abriendo la boca para convertirse en aire. A la vuelta, por añadidura, pasaría por la farmacia, aquella que está en la avenida Complutense, a la altura del número setenta. El pretexto perfecto para procurar razones suficientes a un vate que se muerde el corazón y teje un hilo invisible que le llena de incertidumbre.

Anhelaba entrar y ver otra vez a la farmacéutica. Por alguna razón, estaba al corriente del turno que tenía. Había estado en un par de ocasiones y se había fijado en el detalle. «¡Los detalles siempre marcan la diferencial!», farfulló, pensando en voz alta. Si hay algo por lo que el hombre se siente atraído, son esos pormenores que van marcando los tiempos, imperceptibles a veces, otras evidentes como un destello de luciérnagas. La farmacia habitualmente era atendida por cuatro farmacéuticas, por lo que se evidenciaba enseguida el ajetreo constante durante varias horas del día.

La mujer que le embelesaba, de afectada sutileza, miraba meticulosamente la receta que tenía en las manos. Abrió una cajonera de una pared de espejos en la sala contigua, buscando un medicamento. Sonó el timbre de improviso. Parecía el trino de un pájaro herido. Miró la escena a través del reflejo del espejo y sus ojos verdes quedaron fijos en el cristal, mirándole. Él se restregó la frente, en un acto reflejo, como si pudiera borrar el peso de la mirada. Luego miró de reojo hacia un punto indeterminado. La luz blanca, recia y luminosa de unos focos envolvía todo el habitáculo. Desvió la vista hacia un mostrador de cremas para pieles atópicas y bálsamos labiales... no le interesó. Miró hacia el suelo, hacia las baldosas que forman un mosaico en blanco y negro, estilo tablero de ajedrez. «¡Ah! ¿Y si la dama avanzara en diagonal y presiona al peón que no puede retroceder?», pensó. Luego levantó la mirada, de modo vertiginoso pero vacilante, por unos segundos anegada de indecisión

y deseo. La cara roja y ardiente, súbita e incontrolable, le azoró como un zagal, una profecía autocumplida, irracional y banal.

Al final se quedó en un costado, inmóvil, decolorándose lentamente. Había recuperado más o menos la compostura cuando alguien salió y dejó entrar un aire fresco y suave. Le vino pintiparado para restablecerse del todo. Pidió la vez y trató de hacer los cálculos en el turno: «el hombre de la perilla, después la anciana, a continuación, la chica de verde o la mujer con el cochecillo de bebé o tal vez la anciana, el hombre de la perilla, la mujer con el cochecillo de bebé, después la chica de verde y por último el joven con gafas que le había dado la vez. Un pequeño margen de error y la suma de los factores alteraría el producto, porque no es lo mismo la anciana que la chica de verde ni el hombre de la perilla antes que después» pensó, con cierta preocupación.

Por fin le tocó el turno, pero no coincidió con ella. El error de espacio y tiempo. En ciertos momentos de vacilación, aprovechó de mirarla con disimulo, casi encogido. Luego, retorciéndose las manos en una actitud estúpida, pensó que nadie se daría cuenta de que estaba allí por casualidad o por instinto; sería acaso la razón de su existencia. El deseo es el impulso de la vida, que a veces gira en un triple salto mortal como un artista circense. Finalmente, se trabó hasta el punto de coger el rábano por las hojas.

El desasosiego no le dejó, provocándole la impresión de ser un bicho raro y estrambótico, sentía que le mira-

ban con asombro y curiosidad, el centro de todas las miradas. Entonces, le vino el amparo; fue despachado con toda cordialidad.

—El siguiente —dijo la farmacéutica.

Dora seguía atendiendo al hombre de la perilla, como si nada la perturbara. Dora Sánchez era el nombre que tenía inscrito en una pequeña placa de color negro y letras blancas. Dora ni siquiera le miró. Pero esto también le había pasado con Beatriz, la dependiente de la óptica y antes con Inés, recepcionista en una clínica dental. Esos pensamientos volanderos, erráticos e irreflexivos son, hasta cierto punto, quiméricos.

Es probable que el código de repertorios que tiene el ser humano de relacionarse, la ley de la convivencia social, no sea más que un estímulo, un reflejo condicionado de Pávlov. Pero ¿por qué aquellas en particular? Que comenzaba primero a entornárseles los ojos, luego una disnea, más tarde un aturdimiento y una disposición irremediable a la torpeza. Podría ser un atavismo, un legado en la cadena hereditaria, porque si no fuese así, acabaría de percatarse de lo irracional y absurdo que es a menudo el sostén de la actividad pasional. La belleza se incorpora como una necesidad de la propia existencia y la seducción virtuosa no es más que el principio de una negación racional. Parece un juego de imaginación pueril. Una adaptación inequívoca entre ensayo y error. El sobresalto de los sentidos, a decir verdad, las sensaciones y emociones se metamorfosean en un inexplicable desconcierto. ¿En qué momento la fantasía se vuelve existente? ¿Cuándo

incorporó la forma? O simplemente se desvanece como un sueño.

Sus pasos se aceleraron a medida que salía ileso. Por un momento y solo por un momento, pensó que hacía el ridículo y que quienes estaban allí disimulaban su actitud risible. El aire fresco de la calle lo sosegó por completo. «La inseguridad a veces juega una mala pasada», pensó. Volviendo a repasar mentalmente sus propios movimientos como una partida de ajedrez «¿y si el peón hubiera avanzado hasta la octava fila del tablero? Debía haber tomado la iniciativa, un movimiento rápido e inesperado». Pero eso es lo que se reflexiona cuando se deja pasar un momento y retorna el deseo y, con ella, la determinación. ¡Qué torpeza! Es un comportamiento estúpido forzar la realidad, porque en estas situaciones no se puede programar ni aventurar la solución del cálculo matemático. Había barajado las hipótesis y ciertas variables inesperadas y testarudas. Pero todo se complica, se vuelve denso y nebuloso, porque las relaciones humanas son incontrolables y, a menudo, sólo queda esperar los acontecimientos.

Entonces le venía la imagen de Beatriz, de Inés, de Dora y no sé por qué, empezaba a parecerle que ellas también lo miraban y que estaban allí esperándole a que entrara de nuevo.